



CAPÍTULO XXI.

DON Simón consiguió muy fácilmente ser, no de los primeros, sino el primero entre los primeros suscritores, porque el empréstito tuvo pocos golosos. Pero el Ministro no le concedió el ofrecido premio. Al abrirse aquél, volvió á combatirle, desbordada, la prensa de oposición; probó sin gran dificultad que semejante operación era el síntoma más evidente de la bancarota que amenazaba; cundió la desconfianza, y del primer tirón bajó el papel 10 por 100. ¿Cómo había de colocarse el resto? Y no colocándose todo, ¿cómo había de saber el Gobierno quién merecía los títulos de nobleza y las grandes cruces?

Pero, ¡bueno estaba el Ministerio para pensar en tales fruslerías! Al desastre del empréstito había seguido otro no menos grave para los ministros. Una contradanza de goberna-

dores y una hornada de altos funcionarios, se habían hecho indispensables en aquellos días; y como las vacantes eran menos que los diputados ministeriales, hubo entre éstos disgustos, discordias y desavenencias, ya por razón de despecho, ya por razón de estómago; cundió la indisciplina, y de la noche á la mañana se halló el Gobierno en grave riesgo de perder la mitad de sus huestes. Entonces tomó la política ese aspecto edificante, que es la delicia de los hombres libres y la mostaza del sistema.—Cabildeos por acá, reuniones por allá, ofertas de este lado, súplicas del otro, grupos en aquel rincón, voces en este pasillo, citas á deshora, carruajes que van, personajes que intervienen... Y entre tanto, la prensa hablando de crisis; refiriendo idas y venidas; resultados que se esperan; fines que se temen; bofetones que se dieron; lances de honor que se *arreglan*, etcétera.

Para colmo de complicaciones, había empujado en el Congreso la discusión de los presupuestos, ¡cosa rara! y el Gobierno, que había prometido dejar la cuestión libre á sus diputados, como las oposiciones le cercenaban los ingresos y el empréstito no se cubría, no tuvo más remedio que hacer *cuestión de gabinete* la aprobación de ciertos capítulos.

Entonces fué cuando Peñascales perdió la

serenidad y se echó de bruces en el agitado mar de la política.

Su situación no era para menos. Por compromiso adquirido con sus amigos y aun con su propia conciencia, debía votar todo aquello que tendiera á aliviar las cargas de los agobiados pueblos... Y cabalmente iba á darse la batalla primera en los artículos que recargaban desatentadamente la propiedad territorial, ya de muy antiguo gravada con impuestos insostenibles. ¡Y él era representante de un distrito rural! Pero tenía comprometida la mitad de su fortuna, acaso toda ella al día siguiente, en un negocio, cuya única garantía era la conservación del ministerio que le había metido en el ajo; ministerio á la sazón tan inseguro por las deserciones ocurridas en sus filas, que un solo voto de más ó de menos podía salvarle ó perderle. ¿Cómo votaba él con la oposición?...

No vaciló siquiera. Con cuerpo y alma se dedicó, y con mayor empeño á medida que el día funesto se acercaba, á predicar la paz y la concordia entre las fuerzas disidentes. ¡Loco intento el suyo!... Aquellos políticos, al revés que él, cuando más hundido veían á un gobierno, con menos interés le miraban; y en cuanto le consideraban moribundo, como ya nada podía darles, corrían á agruparse en de-

rredor de los hombres indicados para sucederle en el poder.

Cuando don Simón se hubo penetrado de esta ya vieja *teoría* parlamentaria, se dió á los demonios, y hasta se atrevió á decir iracundo á algunos tráfugas:

—Pero, ¿qué patriotismo es ese? ¡Ayer apoyando al Gobierno, como al mejor de los posibles, y hoy combatiéndole por una nimiedad!

—Y ¿qué patriotismo es el de usted?—le contestaron.—¡Votar contra los intereses de los pueblos por salvar los que tiene usted comprometidos con *esta gente!*

La réplica no tenía vuelta; y ya sudaba don Simón por falta de una, cuando el Ministro se le acercó. Insinuándosele éste con un discreto tirón de la levita, le llevó hasta el pasillo más oscuro, y allí le dijo muy callandito:

—¡Animo, amigo mío! La cosa marcha bien. ¡Firme con ellos, y cuidado con dejarse seducir por esa *patulea de hambrientos!* Su título de usted está firmado ya, y el empréstito cubierto, á juzgar por las últimas noticias transmitidas al Gobierno.

Y dejando á don Simón más turulato de lo que estaba, cogía S. E. á otro diputado, y le decía algo que pudiera halagarle, mientras á Peñascales le agarraba un disidente, y pintándole con vivos colores la situación de la pa-

tria, y ofreciéndole en nombre de *su partido* torres y montones, ponía al Ministerio y á los ministeriales como trapos de fregar.

Y en estas vertiginosas evoluciones, todo el Congreso durante muchos días; el Ministerio prolongando el debate cuanto le era dado para alejar la votación hasta tanto que pudiera ganarla, ó convencerse de que la tenía perdida; la prensa desatada, y los centros administrativos cruzados de brazos, esperando la resolución de la inminente crisis que acabaría con un cambio completo del personal; en el cual caso, ¿para qué dar una plumada más?

Entre tanto, la muerte del Gobierno era inevitable. Los diputados que le quedaban fieles lo eran á causa de haberse visto complacidos en aquello mismo en que habían sido desairados los disidentes. ¿Cómo atraer á éstos y no perder á los otros, no habiendo *cebo* para todos?

Y el día de la votación avanzaba rápido, á pesar de los subterfugios del Gobierno; y los periódicos se desgañaban descomponiendo en cifras las fracciones del Congreso. Según el cálculo más lisonjero que podían hacer los ministeriales, el Gobierno iba á ser derrotado ¡por tres miserables votos!

—¡Para cuándo son las pulmonías y los cólicos cerrados!—exclamaba, al leerlo, don Si-

món en su despecho, y sin pararse ya en barbaridad más ó menos.

¿Reflexionaba así el Ministerio? Tal vez; pero no se le traslucía. Nada más fácil á éste que inutilizar media docena de diputados hostiles por medio de otros tantos autos de prisión, ó de falsos telegramas que los alejasen de Madrid el día crítico; pero ¿estaba él seguro de que, apelando á estos extremos, aunque muy parlamentarios nada buenos, no le exterminasen las oposiciones otros tantos auxiliares, con una paliza, por ejemplo?

No había, pues, otro remedio que tomar los acontecimientos como se presentaran.

Y llegó así el día fatal; y aunque los cabildos y la efervescencia no cesaron un instante, y don Simón votó con tal ira y tal ímpetu que arrancó carcajadas á las tribunas, el Gobierno perdió el pleito; y como no tenía á la mano un decreto dado por la *regia prerrogativa*, dióse por muerto y presentó su dimisión.

Peñascales entonces, creyendo ver un abismo abierto á sus piés, cayó con un síncope, entre la rechifla de las huestes victoriosas.



CAPÍTULO XXII.

EL nuevo Ministerio parecía complacerse en deshacer cuanto su predecesor había hecho. Eran ambos de una misma familia; y sabido es que las guerras intestinas son tanto más encarnizadas, cuanto más afines son los beligerantes. Los periódicos ministeriales sacaron á la luz de la publicidad todos los trapillos del Gobierno caído, y hubo especial empeño en hablar de los cuatro títulos de nobleza y las dos grandes cruces consabidas, y en trastear particularmente á don Simón, como á novillo bravo.

Con estas tendencias del nuevo Ministerio, el papel del empréstito bajó hasta la mitad de su valor.

Tal fué el primer *caldo* que tomó Peñascales al convalecer del sofocón que le tumbó en el Congreso al caer el Gobierno que le *protegía*.

El segundo caldo fué todavía más amargo.

Faltaban dos días para vencer los primeros giros que había hecho á cargo de su misma casa, y seguía bajando desastrosamente el papel en que había invertido aquellos fondos, cuando recibió el siguiente lacónico telegrama de su apoderado:

«Casa A... suspendió pagos; necesito fondos vencimientos pasado mañana. Consternación plaza.»

Este golpe era terrible para don Simón. Se recordará que con lo que debía entregar la casa A... á la suya, contaba ésta para pagar los cuarenta mil duros girados por aquél. ¡Qué desquiciamiento no sufriría la máquina de sus negocios, para llenar tan enorme vacío con recursos destinados á otras atenciones indispensables! ¡Qué serie de complicaciones no podría traer la quiebra de una casa tan importante como la que acababa de suspender los pagos! ¡Cómo se presentarían las cosas á fin de mes, época en que vencían los otros giros! Y entre tanto, ¿qué hacía él para ayudar á su casa, con ochenta mil duros invertidos en un papel que no valía diez mil, vendido en el acto?

¡Entonces sí que maldijo con todo su corazón la hora en que salió de su casa, y el momento en que se decidió á pisar el campo de la política y á dejar las apacibles tareas de sus fáciles negocios; á trocar el prestigio y la consideración de que gozaba entre los prohombres de

su país, por una ilusión de grandeza, que, en realidad, sólo le había valido desengaños, y empezaba á amenazarle con la ruina y la miseria!

No cabiéndole el susto en el corazón ni hallando sus pulmones aire bastante en el recinto de su despacho, salió en busca de su familia para desahogar con ella una parte siquiera de la angustia que le asfixiaba; pero no tuvo necesidad de recorrer mucho camino, porque á la mitad de él se tropezó con doña Juana, que venía buscándole, pálida, con la boca abierta, las manos sobre el cogote y los ojos extraviados. Creyéndola enterada del desastre por alguna noticia particular, la dijo con el mayor desaliento:

—¿Conque ya lo sabías?

—¡Hace diez minutos nada más!—respondió doña Juana, trémula y tartamudeando.

—¿Quién te lo contó?

—Nadie.

—No puede ser eso. Alguno te ha dicho...

—Repito que nadie. Viendo yo que no salía de su cuarto á la hora acostumbrada, fuí allá para ver si estaba enferma. Entro, y no la hallo; la busco por toda la casa, y no parece; llamo á la doncella, y tampoco está en casa; vuelvo á su gabinete, y veo la cama sin deshacer, su ropero en desorden y vacío el cofrecillo de sus alhajas...

—Pero ¿de quién me estás hablando?—gritó el infeliz Peñascales, dominado de pronto por una horrible sospecha.

—De Julieta—respondió con igual asombro doña Juana;—de Julieta, que debe haber huido de casa anoche ó esta mañana muy temprano... Pues ¿de qué otra cosa venías á hablarme tú?

Doña Juana no obtuvo respuesta á esta pregunta, porque su marido cayó al suelo como un tronco, sin soltar el telegrama que llevaba en la mano. Apoderóse de él doña Juana, por ver si hallaba un poco de luz en tan pavorosa oscuridad; y aunque no comprendió por la lectura de las desvenecijadas frases toda la verdad, temió lo más malo; y como en todo era extrema, se desplomó sobre su marido, formando los dos cuerpos en el suelo un solo montón, y no pequeño.

Poco después de volver ambos en sí, entregaron á don Simón una carta, con sello del correo interior. Era de Julieta, y decía:

«Cuando ustedes reciban ésta, hará muchas horas que he abandonado esa casa, amparada por el elegido de mi corazón; el mismo que ustedes arrojaron de ella. Estoy en la de una persona de toda respetabilidad, hasta tanto que no se me conceda el más cordial beneplácito para unirme ante Dios al que ya es dueño de mi libertad. Si este mi deseo vivísimo les me-

rece una respuesta favorable, diríjammela por el correo, que yo cuidaré de recojerla en la lista. Si con el silencio me responden, me acogeré al derecho que me da la ley; pues estoy resuelta á todo, menos á renunciar á un enlace en el cual fundo toda la felicidad de mi vida.

»Comprendo la magnitud del dolor que á ustedes causará la forma violenta de mi inquebrantable resolución, y le lloro con el alma; porque es muy grande el amor que les profesa su desgraciada hija

JULIETA.»

¿Necesito pintar el efecto que produjo esta carta en el atribulado matrimonio? Seguramente que no. Don Simón y su mujer podrían ser todo lo bestias que se quisiera para no comprender la inminencia de ciertos peligros en un carácter como el de Julieta; pero al cabo eran padres de ésta, y la amaban con delirio.

En su afán de recobrarla, pensaron en poner en juego á la policía, dando parte del suceso hasta al Gobierno, si fuese necesario; pero, ¿no equivaldrían estos pasos á publicar su propia deshonra? Preferible era proceder de otra manera más sigilosa para hallar la oveja descarriada. Pero vuelta ésta al redil, sola, y en el supuesto, nada aventurado, de que el suceso hubiese trascendido, por muy honrada que vol-

viera, ¿habría muchas personas que lo creyesen, y, entre éstas, una que se atreviera á pedir su mano? Más aún: ¿se atrevería á concederle la suya el mismo hombre que la había robado, si llegaba á advertir que el caudal de la fugitiva estaba expuesto á deshacerse como la nieve al sol?

Todas estas y otras análogas reflexiones se hicieron al instante sus acongojados padres, que al fin se decidieron á poner en el correo una carta, según la cual accedían *de buena gana* á los deseos de Julieta, con la condición de que ésta tornase pronto al paterno hogar.

Hecho esto, procedió don Simón á vender de cualquier modo el papel que tenía del empréstito, y á remitir á su casa su mezquino valor.



CAPÍTULO XXIII.

Pocos días después se celebraron las bodas de Julieta y Arturo, hechas las paces y prometida de ambas partes la más cordial intimidad para lo futuro. Pero don Simón, al mostrarse afable y complacido en la *fiesta*, sólo reía con la cara. Su corazón estaba herido por el desengaño triste que le había dado la violenta resolución de su hija, y por el no más alegre que le costaba la mitad de su fortuna. Doña Juana estaba hecha una simple, y tan pronto reía como lloraba. Arturo y Julieta eran, en cambio, completamente felices en aquellos momentos. Pero ¿qué novios no lo fueron el día de la boda y aun algunos después?

Que *El Aviete* habló largamente de la boda de la «hermosa Julieta de los Peñascales con nuestro compañero el distinguido escritor y diplomático don Arturo Marañas,» no hay para

qué decirlo, porque se supone fácilmente; pero ¡ay! á don Simón no le pasó de las narices aquel incienso: conservaba mucho más adentro el recuerdo martirizador de la palabra *estúpido*, con que le había calificado el mismo que quizá redactaba aquellos lisonjeros párrafos, y sabía de memoria los que había dedicado la misma pluma á su desastre parlamentario. Doña Juana era la que todavía se pagaba mucho de esas cosas, y las aceptaba con entusiasmo, por el efecto que harían en la ciudad, para la cual anunciaba *El Ariete* la inmediata salida de los recién casados, con toda su familia.



CAPÍTULO XXIV.

Y SALIERON, en efecto; mas no como principio de un largo viaje de recreo, según afirmaba el periódico, sino porque á don Simón le urgía mucho volver á su casa para enterarse del verdadero estado de sus negocios, y prevenirse, si le era dable, contra nuevos desastres.

A su llegada tuvo visitas sin cuento, felicitaciones sin número y hasta serenatas; pero todo ello le supo á rejalgar; porque la quiebra que le había cogido los cuarenta mil del pico, había hecho vacilar á otras casas, con las cuales tenía también la suya no pocas relaciones, resultando de semejante complicación que se vió muy mal para llenar sus compromisos á fin de mes.

Cumpliólos al cabo; pero no sin ver mermada su fortuna en más de dos terceras partes; y

lo que fué aún más triste, su crédito comprometido.

Entonces enteró á su yerno de cuanto le ocurría; y Arturo, que se había propuesto brillar en el ancho campo de la política á expensas de su suegro, halló más conveniente, si no más placentero, pedir á éste un atril en su escritorio, y ayudarle con todas sus fuerzas á levantar el edificio que parecía desmoronarse.

Aceptó la oferta de buen grado don Simón; y como el otro no era tonto, ayudado de su interés particular, ya que no de sus inclinaciones naturales, que eran bien opuestas al comercio, hízose en poco tiempo un *pinche* de primera fuerza, y llegó á ser un comerciante en toda regla.

Las últimas noticias que yo tuve de esta apreciable familia, la pintaban en camino de recobrar la hundida fortuna; pero muy lejos todavía de conseguirlo; doña Juana se había quedado *mema*, de un *aire perlático*; Julieta tenía dos hermosos niños; Arturo dirigía la casa de comercio, y don Simón había sido expulsado del Casino, [por haber dicho en pleno *Senado*, en una de sus tertulias más borrascosas, estas sencillísimas palabras, hijas legítimas de sus desengaños que tan caro le costaban:

—«El mal no está en que, por casualidad, salga de un mal tabernero un buen ministro,

ó un gran alcalde, ó un perfecto modelo de hombres de sociedad; la desgracia de España, la del mundo actual, consiste en que quieran ser ministros todos los taberneros, y en que haya dado en llamarse verdadera *cultura* á la de una sociedad en que *dan el tono los caldistas como yo.*»

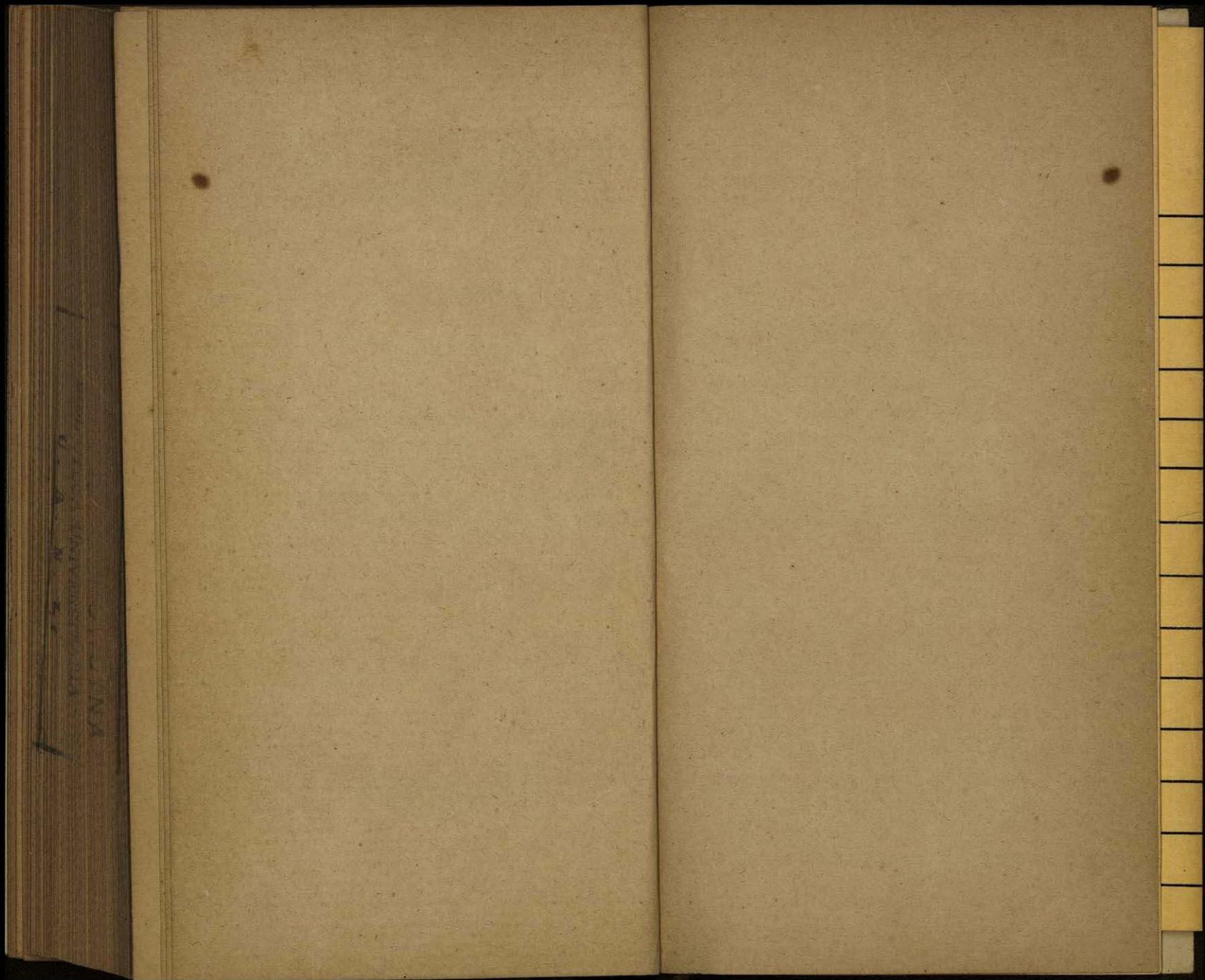




CAPÍTULO XXV.

Y si algún lector sensible hallase demasiado *cruel* el desenlace de esta puntual historia, y con exceso castigada la insensatez de su protagonista, entienda que otro narrador menos tolerante que yo, y sin faltar en ello á la verosimilitud, no hubiera encontrado á Julieta después de perdida, y habría dejado á su padre en calzoncillos y sin otro albergue que la humilde casita que, ingrato, abandonó para siempre al salir de la aldea con los trastos de la abacería.





58 65

